



PRELADO. José Antonio Senovilla acompaña al prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echeverría, durante un encuentro con familias en Rusia.

El autor, **jiennense que ocupa la vicaría del Opus Dei en Rusia**, relata sus recuerdos de Jaén, su intensa vida sacerdotal y su labor al frente de la institución

“Desde Rusia con Amor”

JOSÉ ANTONIO SENOVILLA

En Jaén, la ciudad en la que nací y a la que vuelvo siempre que puedo, como ahora, aprendí de Rusia lo que habitualmente un niño alumno de los Maristas puede saber sobre el país más grande del mundo: Rusia ocupa más o menos un sexto del territorio del planeta. En el colegio aprendí algo de su historia: los zares; la revolución que dio paso a la Unión Soviética... En mis años de estudiante escuché algo de su música (Tchaikóvsky, Rajmáninov, Borodín y muchos otros) y, sobre todo, leí bastante de su profunda y triste literatura: ¡cuánto ayuda a entenderse a uno mismo la particular historia de Ródia Roskólnikov y de Sonia, verdadera heroína en “Crimen y Castigo”; o la de Natásha en “Guerra y Paz”; o Anna en Karénina, o la del joven Aliósha en Karamásov!

Rusia es un país rico en materias primas (en un país tan extenso, puedes encontrar casi de todo), pero sobre todo en su gente: gente acostumbrada a sufrir, viviendo en condiciones muchas veces extremas, de clima, de invasiones, de guerras. La gente aquí goza de una dignidad que impresiona, no relacionada con lo que tienen, sino con lo que son y se saben. Al terminar el Colegio, me fui a estudiar en la Universidad: entonces en Jaén sólo había la Escuela Normal de Magisterio, la Escuela de Peritos y poco más. Estudié Derecho en Sevilla y luego en Granada. Al acabar la carrera, encontré trabajo en Almería, en el mundo de la empresa, y allí pasé diez años muy intensos, muy felices. Por aquel entonces Dios ya me había

llamado al Opus Dei. Siempre tuve la seguridad de que Dios esperaba algo de mí, hasta que a través de un compañero de clase conocí las actividades que organizaba el Opus Dei para gente joven en un pequeño chalet de la calle Arquitecto Berges, a cinco minutos andando de mi casa (esto, en Moscú, suena asombroso: a cinco minutos andando de tu casa no tienes ni la parada del metro!). La llamada supuso un ruptura de mis

ne como sacerdote?”. Y así, después de terminar los estudios y ordenarme en Roma, volví a Sevilla para unos años de prácticas. Y allí fue, un caluroso 28 de junio, donde me preguntaron si estaba dispuesto a irme a Rusia: “El idioma es difícil, el clima es duro... Piénsalo bien”. Contesté que sí. Recuerdo que aquel día en Sevilla hacía calor; unos 45, y por la noche, ya en la cama, con la emoción de la aventura que comienza, me hice mi

cargaría... Se lo he recordado muchas veces... Y nos vinimos a Moscú: con bastante poco para empezar, sin casa, sin hablar ruso... Al principio vinimos cinco: de México, de Italia, de Francia (a través de Finlandia), de Lituania, de España. Y aquí llevamos ya para diez años: el cinco inicial, más los que fueron llegando (de Chile, más de España), más los primeros rusos y ucranianos del Opus Dei... ¡Es muy bonito! Te preguntan: “Oye, ¿tú vivías mal en España, como para venirte a Rusia? (muchos lo que querían es irse de Rusia a España!)”: “No, no es por eso... Es... ¡por ti!”

En estos nueve años cumplidos de aventura rusa hemos vivido muchas historias y hemos hecho muchos kilómetros. El verano pasado estuve con un grupo de voluntarios en un campamento solidario en Sajalín, al norte del Japón: a siete mil quinientos kilómetros al este de Moscú. Allí las voluntarias ayudaban a niños y ancianos y yo ayudaba al párroco, un polaco muy valiente que se pasa el año allí solo, con su gente: todo el año solo... Desde Moscú viajamos a muchas ciudades, desde donde nos piden ayuda. Recuerdo mi primer viaje a Siberia. Una chica de Omsk vino a vivir a la residencia de la Obra en Moscú: buscaba la Iglesia Católica. Y me pidió que fuera a bautizar a su abuelo, un viejecito “soviético”, bueno como él solo, de origen alemán, de los deportados por Stalin a Siberia: Vladimir, viendo el ejemplo de su nieta Dasha quería bautizarse... y no podía salir de casa! Y allí nos fuimos: fue un bautizo muy bonito. Viajamos mucho a San Petesburgo, porque hay allí unos curas heroicos, que llevan catorce



FAMILI. Senovilla con familiares en su casa jiennense.

propios límites: una cosa es que una “locura” se me ocurra a mí, y otra muy distinta que sea una invitación que viene “caída del Cielo”. Por eso, cuando me preguntaron si quería venirme a Rusia a comenzar la labor del Opus Dei, sin dudarlo dije que sí...

Pero he dado un salto quizá demasiado grande en mi particular biografía: diez años como abogado en el mundo de la empresa en Almería, otros diez años Granada colaborando en las tareas de formación y dirección en el Opus Dei... y, de pronto, ¡oh, sorpresa!, el prelado del Opus Dei —que me conoce muy bien y que me quiere bien!— me preguntó: “Hijo mío, ¿estás dispuesto a que te orde-

propia cuenta: chaval, vas a pasar de los 45 sobre cero de Sevilla a los 30 bajo cero de Moscú: la diferencia son... ¡75 grados! Pero Dios hizo al hombre muy adaptable al medio...

Mi amigo Paco, compañero de estudios en Granada, que me conoce bien, me decía: “Oye, estás un poco loco: primero te haces cura “a mitad de carrera” y luego te vas a Rusia. ¿Estás seguro?”. La pregunta me hizo gracia, porque no se me había ni ocurrido “no estar seguro”: la idea no era mía, sino del de arriba. Y yo, como mi paisano de Arjonilla, García Morente, estaba seguro de una cosa: a una mano amorosa siempre ha cuidado de mí. Si Dios me lo pedía, Él se en-

años dejándose la vida y la salud para sacar adelante una parroquia con una gente majísima, en la ciudad “más bonita de Rusia”: la ciudad de Pushkin, la antigua “Aldea de los Zares”... Acaban de volver a consagrar el altar y la iglesia, después de que los comunistas se la robaran para hacer una sala de conciertos. Si vais a San Petersburgo, no dejéis de visitarles: son gente muy simpática y acogedora.

Para que os hagais una idea, además de la ciudad de Pushkin, atienden la República de Komi, junto al Círculo polar ártico, veintitrés horas en tren al norte de Moscú, con una extensión equivalente a dos veces España y con temperaturas de 40 bajo cero... El Prelado del Opus Dei me tiene mucho cariño y bromea conmigo: “Hijo mío, tienes un país pequeño para encima irte al de al lado!”. Y es que desde hace siete años viajamos todos los meses a Ucrania, para atender a la gente de allí que quiere recibir la formación cristiana que podemos brindarles: en Ucrania, como en Rusia, les impresiona mucho el mensaje de san Josemaría: puedes ser santo en tu sitio. Ucrania es un país aparte. ¡Qué gente más buena! ¡Parecen de Jaén! En cuanto llego a Kiev y pongo la tarjeta del teléfono empiezan a llamar de todo el país: ¿tienes un rato para hablar? ¡Voy a verte! Y vienen desde Járkov, desde Jersón, desde Odéssa, desde Lvov, desde Ternópól... Quinientos, setecientos kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, sólo para poder tener un rato de conversación, de dirección espiritual con un sacerdote del Opus Dei... Y vienen católicos de rito latino, y de rito oriental, y ortodoxos.

Hay que rezar por la paz en ese país de gente increíble. El año pasado, mi gran amigo Petró, el arzobispo de Kiev (fallecido poco después a una edad muy temprana) estuvo en Jaén, invitado por nuestro obispo Ramón y por la Hermandad de la Capilla de San Andrés, rezando a la Virgen de la Capilla por la paz en Ucrania... Y ahí vamos, poco a poco... Terminó, porque si no esto sería inagotable. Hace unos días Dios, que me quiere mucho, me hizo un regalo estupendo e inesperado. Pude atender, con otro sacerdote que venía desde Almería, a un grupo de chicas de Jaén y de otras provincias andaluzas, que venía a Ucrania a ayudar en un campo de trabajo con niños en Shitómir, una ciudad de camino entre Kiev y Cracovia: ellas luego irían a encontrarse allí con el Papa. Han sido diez días inolvidables. ¡Qué gente! ¡Que corazones más abiertos y más generosos! La gente de allí estaba impresionadísima de que no se hubieran ido de vacaciones a la playa y hubieran venido a Ucrania a atender a niños de familias muy humildes y a ayudar en la Catedral. Fue tal la sintonía entre las jaeneras y los ucranianos, que el domingo, en la Misa en la propia Catedral, les aplaudieron y, terminada la Misa, que fue en ucraniano y en español, no paraban de darles besos y regalos. Y yo pensaba: “Jesús ¡qué bueno eres! Déjame mi tierra y aquí están las hijas de mis amigos, de mis compañeros de colegio y de facultad, derramando un montón de cariño a gente que ni conocen ni volverán a ver”. Es como si el Señor me dijera: “Anda, que te mandé lejos; pero de vez en cuando te dejo disfrutar con tus paisanos”.